

# Deslinde 4

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Mayo-Agosto de 1969

*La Universidad aquí y ahora*



*Leopoldo Zea: La Universidad aquí y ahora*

*Luis Garrido: El problema universitario de la hora actual*

*Santiago Ramírez: Rebeldía juvenil y cambio de generaciones*

*Alfonso Rangel Guerra: Las universidades mexicanas*

*Manuel Madrazo Garamendi: Algunas consideraciones en relación con la reforma de las instituciones técnicas en México*

*Gustavo Baz: La Universidad*

*Josefina Vázquez de Knaut: La universidad norteamericana*

DESLINDE DE DESLINDE

*Juan A. Ortega y Medina: ¿Encuentro de generaciones?*

VARIA

*Abelardo Villegas: Una nueva visión de Zapata*

*Francisco Reyes Palma: Arte industrial de Finlandia*

*Margo Glantz: El precio de la caída*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Aparece cada cuatro meses

*Director*

Leopoldo Zea

*Secretaria*

Rosa Krauze

*Consejo de redacción*

Luis Villoro

Rosario Castellanos

Jorge Alberto Manrique

Margo Glantz

Luis Rius

Luisa Josefina Hernández

Primera edición: 1969

© 1969, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

# Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Año I. Número 4 Mayo-Agosto de 1969

## Sumario

---

- Leopoldo Zea*: La Universidad aquí y ahora 3
- Luis Garrido*: El problema universitario de la hora actual 11
- Santiago Ramírez*: Rebeldía juvenil y cambio de generaciones 19
- Alfonso Rangel Guerra*: Las universidades mexicanas 24
- Manuel Madrazo Garamendi*: Algunas consideraciones en relación con la reforma de las instituciones técnicas en México 35
- Gustavo Baz*: La Universidad 45
- Josefina Vázquez de Knaut*: La universidad norteamericana 48
- Deslinde de *Deslinde*
- Juan A. Ortega y Medina*: ¿Encuentro de generaciones? 58
- Varia
- Abelardo Villegas*: Una nueva visión de Zapata 63
- Francisco Reyes Palma*: Arte industrial de Finlandia. Prohibido tocar 65
- Margo Glantz*: El precio de la caída 67

# EL PROBLEMA UNIVERSITARIO DE LA HORA ACTUAL

*Luis Garrido*

Al término de la Segunda Guerra Mundial se advirtió que comenzaba una nueva era y se hacía necesario ajustar las estructuras sociales, económicas y políticas para satisfacer mejor las necesidades de las masas y en general el anhelo de seguridad y bienestar que demandaban los pueblos. En tal virtud, correspondía a las universidades como centros donde principalmente se forjan los grandes cuadros gubernamentales, capacitar a los dirigentes del mañana para responder adecuadamente a los requerimientos del porvenir.

Del mismo modo era también necesario que sus investigaciones se orientaran a facilitar las transformaciones que se operaban, preparando a sus alumnos para actuar con técnica y patriotismo en el mundo que les aguardaba. La UNESCO oportunamente se ocupó del problema y reunió una junta de rectores en Utrecht, que deliberó sobre el particular, y propuso la creación de una Asociación Internacional de Universidades. Mi querido y extinto amigo el doctor Jean Sarrailh, rector de la Sorbona, secundó con entusiasmo la idea, la cual apoyé decisivamente en la conferencia de Niza, fundándose dicha asociación. En aquella fecha pude percibir que la mayoría de las universidades seguían con su tradicional función de formar profesionales y hacer investigaciones, pero sin la inspiración que exigían los cambios operados en el seno de los pueblos. Es hasta el Congreso celebrado en nuestra Ciudad Universitaria, cuando se le da énfasis al papel que les corresponde a las casas superiores de estudio, frente a las mutaciones contemporáneas.

Es natural que el ir a la zaga de los acontecimientos traería como efecto tarde o temprano una crisis y la inconformidad de los jóvenes. Por ello durante mi rectorado me preocupé de la fundación de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, pues veía la conveniencia de alertar a la universidad y a la juventud en las transformaciones colectivas. La universidad no puede permanecer al margen de estos fenómenos, pues le incumbe un papel principal en ellos como rectora del pensamiento nacional. Alguna vez un amigo y colega mío, el rector don Luis Chico Goerne, me comisionó para hablar en Sudamérica sobre la universidad política, tema que había arraigado hondamente en su espíritu, pues con-

sideraba que era indeclinable obligación de nuestras casas de estudios abordar el estudio de la organización del Estado y de su política para acelerar los cambios que pedía la humanidad. El haber frenado el desempeño de este papel, ha ocasionado entre otros factores los sucesos que conmueven a la juventud de nuestros días, que se muestra inconforme con la organización social y la marcha de las relaciones internacionales. No se trata de brotes aislados o de valor regional, pues han aparecido lo mismo en América que en Europa, el Medio Oriente y Asia, e igualmente en los países de la Cortina de Hierro y en las naciones capitalistas. Todo parece indicar que la juventud del mundo está dispuesta a expresar su rebelión a las muchas cosas que considera nocivas para su porvenir.

Para algunos observadores políticos o superficiales, dichas manifestaciones son producto de maquinaciones comunistas. Sin embargo, hay que reconocer que aun en territorios marxistas como Polonia y Checoslovaquia se han visto sacudidos por los movimientos estudiantiles y en Egipto donde simpatizan con Rusia, y los universitarios daban muestra de mansedumbre, también se han alzado en protesta contra el régimen. El asunto pone de manifiesto que ante los fracasos de muchos gobiernos, y frente a los peligros que asaltan al mundo con las reiteradas crisis económicas, la guerra de Vietnam, el hambre de la India, la agresividad de China, el conflicto árabe-israelí, la juventud desea intervenir para expresar su mensaje.

Se trata de una actitud que en el fondo es un reproche a los mayores que empuñan las riendas del gobierno, de una inconfor-

midad a ciertos privilegios y un afán de visualizar los problemas en un ambiente internacional. No son reacciones de significación local o de alcance sólo académico, pues en España misma al exigir los estudiantes su libertad de asociación y en Roma la reforma universitaria, plantean algo más: la denuncia de la ineptitud, la incompreensión de las autoridades para reconocer que la juventud tiene su derecho para hacerse oír, pues con frecuencia ella resulta víctima de la política de los grandes sin haber sido escuchada, condenada a una muerte horrible en los campos de batalla, a las mutilaciones y las enfermedades de los campos de concentración. Por eso en los Estados Unidos se han registrado del mismo modo protestas en los recintos sagrados de Harvard, por su política, que los obliga a pedir a las universidades su colaboración en los planes bélicos.

Claro que en estos movimientos se mezclan a veces personas interesadas en exhibir ideas extremistas o plantear cuestiones extrañas, pero en la gran mayoría se advierte en el fondo un principio de justicia y el anhelo de que los dirigentes modifiquen sus procedimientos en aras del bienestar y la paz. Al fortificar la universidad actual su conciencia internacional, se aporta una visión más clara, no únicamente de los problemas patrios sino de los otros pueblos y así la presente generación presiente los estragos de ciertas doctrinas y el peligro de retornar a la barbarie. Los estudiantes se van dando cuenta de que el culto a la fuerza o el servicio de los universitarios al poder político, frecuentemente trae consigo el ahogo de los mejores impulsos de renovación.

Con frecuencia se habla de la actitud negativa de la juventud, pero debemos reconocer que hay de igual manera en muchos de sus exponentes un ardor crítico, que no es impulso libresco sino interés por la acción política, motivado por las catástrofes de dos guerras mundiales, y por lo mismo con el deseo de encontrar un camino de luz y tranquilidad. No cabe menospreciar pues estos impulsos, y reprimirlos con la policía y los bomberos por el orden que perturban.

Conviene analizarlos y percibir su sentido que muchas veces se extiende más allá de las fronteras nacionales. Por eso Dante decía en uno de sus cantos inmortales: "Pensad en nuestra descendencia,/ no habéis nacido para vivir a la imagen animal/ sino para seguir la virtud y el saber."

La universidad tiene que asumir un papel vigilante frente a estos fenómenos, aportando elementos para que el alumno descubra el alba de su propio destino entre las exaltaciones y depresiones del mundo actual, preparándolo con ánimo templado para los momentos de adversidad. Hay una disciplina heroica que reclama la hora que vivimos, y es el de saber interpretar con simpatía y recto sentido las más variadas conclusiones, y por ello los movimientos universitarios plantean una pregunta inquietante. ¿Cuál es la respuesta? Tiene que ser producto de la comprensión de sus puntos de vista en un ambiente de generosidad y pureza, ya que de otra suerte se cometería un fraude a los que mañana serán los guías para evitar una catástrofe universal.

Por ello las universidades no pueden ser instituciones de tipo exclusivamente aca-

démico, tienen que asomarse constantemente a la vida y mantener estrecha vinculación con ella. Sus enseñanzas deben ser las que pida el momento actual, y sus investigaciones las que exija el medio social donde prosperan. Tampoco les corresponde rehuír su obligación de difundir el conocimiento independientemente de las simpatías o de la oposición del mundo oficial, ya que su misión es ser voceros de la verdad tanto en el campo de la ciencia como en el de las humanidades.

La falta de comunicación permanente entre los centros de cultura superior y la sociedad ocasionan a veces graves incomprendiones, como lo han demostrado los recientes movimientos estudiantiles, en que la opinión pública no siempre ha estado bien informada. En estas relaciones públicas deben colaborar maestros y alumnos dirigidos por su rector. Pero asimismo esta comunicación tiene que ser interna y oír los pareceres de la comunidad universitaria. Sólo mediante la crítica sana se pueden mejorar las instituciones. Muchos hallazgos científicos han sido producto de discusiones y observaciones en los centros de experimentación, y el mejoramiento de la enseñanza procede frecuentemente de los que dudan frente a la eficacia de los métodos adoptados.

La universidad no puede permanecer estática frente a las transformaciones que la rodean. Tiene que ser reformada de acuerdo con los movimientos de la época. Entre nosotros la Revolución vio con desconfianza a los intelectuales por sus ligas con el antiguo régimen, y después por su papel de aristócratas del pensamiento. Los primeros gobiernos mantuvieron la universidad

en un estado de penuria y cuando sobrevino la lucha de 1929 por su autonomía se la concedieron pero con un patrimonio ridículo. Y es hasta el periodo de nuestro crecimiento económico, cuando el poder público se penetra bien del importante papel que desempeña proporcionando la gente preparada que el país necesita para su desarrollo. Gracias a este modo de ver las cosas se obtuvo la Ciudad Universitaria, y el aumento posterior del subsidio del Estado a fin de que pudiera desempeñar mejor sus funciones.

Pero nuestra máxima Casa de Estudios no acaba sus penurias, porque el crecimiento imponente de su población aumenta de tal modo su presupuesto, que a pesar del importante subsidio que recibe todavía tiene déficit, por lo cual es menester buscar otros arbitrios para ella. En este problema, sin embargo, el dinero no lo remedia todo, pues la formación de nuevos maestros no es factible de la noche a la mañana. Se han tenido que improvisar muchos catedráticos con serio quebranto de la enseñanza. Con dinero es fácil ampliar las instalaciones educativas, pero la preparación de los profesores no es sólo cuestión de recursos, sino de años de aprendizaje.

El dinero que México gasta en educación es el más productivo. Se ha dicho que nuestro progreso se motiva en la tranquilidad política, el proceso demográfico y el adelanto económico, pero todo esto ha sido producto de mejorar el material humano. La industrialización del país ha contado con las técnicas que demandaba; la agricultura con los agrónomos y expertos que hacen producir más la tierra; el gobierno ha podido ampliar sus cuadros de emplea-

dos y funcionarios con un personal más preparado, y las finanzas públicas y privadas de asesores capacitados. Por lo mismo, hay que robustecer esta política que tan excelentes resultados ha proporcionado.

En cuanto a la propia educación tiene que orientarse de acuerdo con las leyes del humanismo puesto que su objeto es el hombre. Hay en cada educando una semilla que es indispensable cuidar esmeradamente para que germine, fortaleciendo después el tallo y orientando su desarrollo de acuerdo con el ambiente que le ha tocado vivir, presentando a los alumnos los valores más altos, y cuidando de que sea el propio maestro un verdadero ejemplo a fin de que se robustezca el alma del discípulo, ya que no es posible olvidar la formación espiritual como base de toda educación verdadera, pues no vale transmitir conocimientos sobre el mundo que nos rodea si falta lo que eleva y ennoblece. Sin este contenido la pedagogía carece de altura. Una filosofía es indispensable como base de toda enseñanza, la cual debe mostrar los caminos para que el alumno conozca el ambiente que lo rodea y contribuya a su mejoramiento. Cuando las rutas del bienestar son familiares al estudiante, podremos asegurar que la educación ha cumplido su fin.

Nuestras escuelas tienen que sincronizar su vida con el ritmo de la época. Necesitan muchas de ellas reformas de tipo administrativo y docente. En este último aspecto, a las instituciones de enseñanza superior les corresponde velar porque no sólo se suministren conocimientos clásicos, sino una educación práctica y humana, dentro del cuadro de grandes libertades con que se nutren: libertad de palabra, libertad de

investigación científica y libertad para los estudiantes de seleccionar su carrera.

Por otra parte, no hay que olvidar que si bien el alumno tiene facultad de adaptación al medio social, también contará, más tarde, con una capacidad para transformar la sociedad, por lo que es menester dotarlo de todo lo que le haga falta para ese momento, pues no debemos ignorar que hasta el menos apto de los hombres puede tener un chispazo de inspiración en ese sentido. Nuestra sociedad en proceso de desarrollo está demandando cada día con mayor urgencia, manos para la agricultura y la industria, pero no sólo hay que producir campesinos y obreros, sino hombres de conciencia despierta para asomarse a otras manifestaciones superiores del espíritu, que les permitan gozar de las grandes producciones humanas.

El buen éxito de una educación, no sólo depende del sistema pedagógico que se adopte, y de los programas de estudio, sino del influjo personal del maestro para inculcar los mejores valores morales y espirituales en el discípulo.

El mundo reclama hoy nuevas normas frente a la civilización material que lo invade, buscando todo género de conocimientos culturales. Pero en este menester el alumno necesita ser guiado en el mar a veces confuso de la asignatura que explore, por el aumento incesante de datos, pues sin un aprendizaje previo no estará en aptitud de hallar por sí mismo el camino que busca.

Una educación que fortalezca lo mejor del ser humano será sin duda la mejor que podamos adoptar, pero esto no es sólo un problema pedagógico sino de la naturaleza de los maestros, pues sin su colaboración

no se podrá transformar el sentido de la enseñanza, que es ayudar a los alumnos para la conquista de su destino, mediante la fuerza de su carácter.

En la universidad es urgente abrir seminarios en todas las facultades acerca de las cuestiones fundamentales por resolver en el país, para hacer verdad la frase de poner la técnica al servicio del hombre. Hace poco se dio una muestra gallarda de esto, en la colaboración prestada por el laboratorio de Ingeniería sobre algunos problemas que planteaba la construcción del "Metro".

La historia declina cuando los hombres del mañana no abordan el arte, la ciencia o la política con fuerza ascendente, porque entonces soplan ráfagas sofocantes que impiden una sana vitalidad. Nuestro progreso está ligado a fomentar la producción de caracteres capaces de percibir todos los aspectos de la realidad circundante, y trabajar por superar los que se opongan a la cultura y a la civilización.

El renacimiento de nuestro país señala a nuestras universidades una función promotora de reformas sociales y resolutive de muchos problemas. En este programa de gran aliento, orientador de las fuerzas espirituales de la nación, surge para la juventud la exigencia vital de colaborar en el mejoramiento de los métodos y sistemas de enseñanza, para que sus estudios obtengan máximo rendimiento.

La Asociación Nacional de Instituciones de Cultura Superior debe afrontar el examen de estos problemas, para poner en práctica las soluciones adecuadas. La universidad no puede ser como dijo alguna vez el rector Sarrailh, el castillo de la bella durmiente del bosque. Ella vive, se agita y

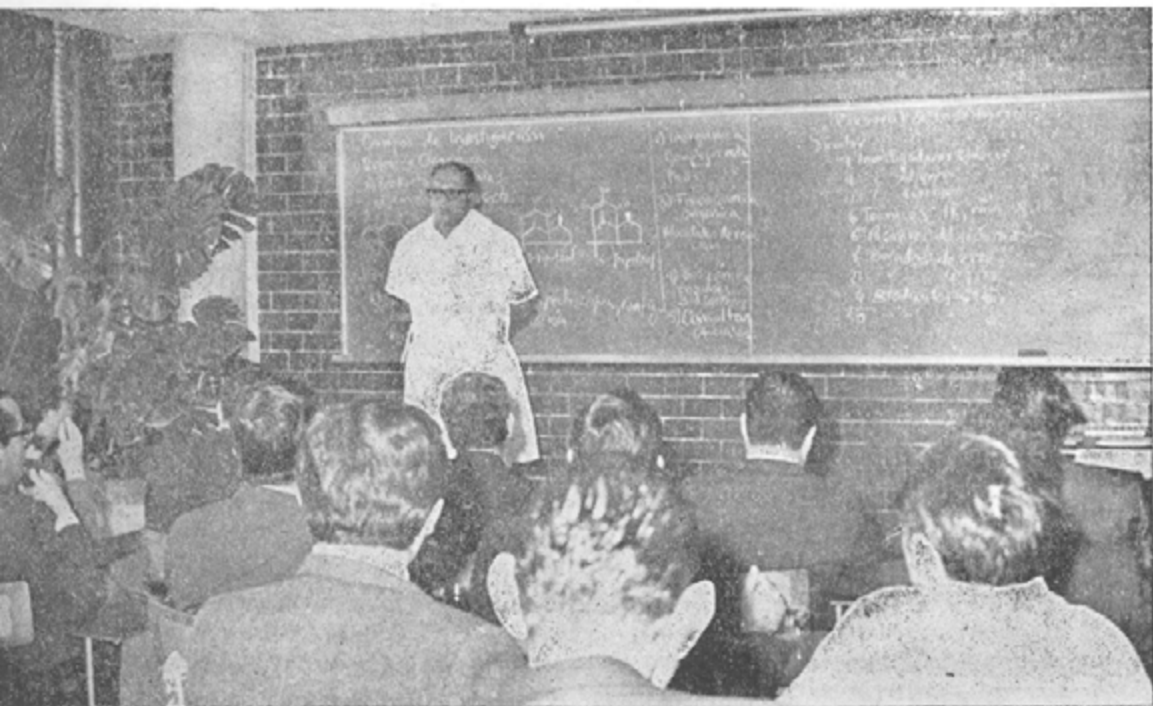


construye. En consecuencia debe simbolizar constantemente un movimiento reformista en el campo cultural, para bien de las condiciones de trabajo y de existencia política y económica del pueblo.

Por eso cada nueva universidad que se funde en el territorio de la República, tiene que nacer con el grito de afirmarse para fines nacionales y de interés colectivo, y no sólo con el menguado propósito de crear castas profesionales. Tiene que depurar el cuadro de sus profesores para obtener cátedráticos de formación completa y de orientaciones modernas, y poder enlazar realmente al estudiante con el ambiente universal de la cultura. Pero sobre todo, debe cuidar su integración espiritual, bus-

cando el desarrollo armonioso de todas las facultades de sus miembros, para lograr hombres de evolución integral, ya que lo técnico profesional nada vale, si no va acompañado del valor moral de la vida, pues sólo así se logra la verdadera educación. Finalmente, la universidad debe abarcar en sus actividades, a través de sus laboratorios o investigadores, con verdadero amor social, todas las dificultades que presenta la evolución nacional, para allanar el camino de su progreso.

Con persistencia de años se había venido repitiendo a la juventud, que la conquista de las metas de la Revolución garantizaban el porvenir nacional y no había que pensar en otro movimiento. Sin em-



bargo, las nuevas generaciones comenzaron a darse cuenta de que había mucha falsificación en lo que se afirmaba, y que por otra parte una Revolución no puede ser permanente, pues cumple sus fines con la admisión de sus principios y la realización de su programa. A los viejos políticos convenía usufructuar su conocimiento de las viejas posiciones, y al efecto seguían repitiendo las cosas de antaño. El mundo ha cambiado, lo que fue bueno ayer puede no serlo hoy. Habrá que hacer una revisión y seguir un programa de acuerdo con la realidad actual y las exigencias de las necesidades y modos de vida que la técnica y los fenómenos colectivos y económicos demandan. Por eso alguna vez dije: "Vivimos en un país de múltiples deficiencias. Hay imprescindible necesidad, no sólo de elevar la cultura en el ambiente social, sino de regenerar la política. A la juventud que llega le corresponde lograrlo con su talento y preparación, pero principalmente con entusiasmo y tenacidad. Es trabajo de renunciación y sacrificio, pero el único capaz de terminar con la esterilidad y el conformismo que hoy impera."

La hora que aguardábamos apareció con el último movimiento estudiantil que en su manifiesto de "2 de octubre" afirmó su aparición como resultado de viejos problemas nacionales que no se resuelven, como el de la miseria de las clases populares, las limitaciones a la actividad política, el fomento de las inversiones extranjeras, las arbitrariedades de la represión y la falta de acceso de los jóvenes a perspectivas dignas de vida.

Esta crítica social fue compartida por buena parte de la población, según lo de-

mostraron las grandes manifestaciones que se organizaron y en las cuales los universitarios y politécnicos fueron elementos preponderantes. Todos estos elementos forman un material precioso que nuestros centros de investigación deben estudiar, pues no sólo afecta a la universidad sino a la constitución misma de los mexicanos. Hay que brindar mayores oportunidades a la juventud para su desarrollo y para que ocupe el puesto a que tiene derecho en la vida, y atender en lo debido sus impugnaciones al régimen social y económico. A ella le tocará coronar la obra, pero buena parte del buen éxito dependerá de que su formación sea cabal y seria. Hay ráfagas de socialismo en su actuación. Es un fenómeno mundial según lo reveló la crisis francesa del estudiantado.

En la universidad se deben dar cursos muy serios de doctrinas económicas y sociales. Alguna vez di un curso de marxismo pues resulta peligroso que no se digieran bien las tesis, y se obre inspirado por determinado sistema sin conocer sus méritos y fallas. A mí no me arredra que estudiantes y maestros se preocupen por las manifestaciones y luchas de ideas, siempre que obren con desinterés, con limpieza de ánimo y con afán de servicio. Creo que así como los hombres de mi época hicieron una revolución, la juventud del presente lleva adelante un movimiento del que puede salir un sistema que les permita alcanzar las posiciones que anhelan. Es la aparición en una decadente sociedad política como la nuestra, de un elemento renovador que pide dignidad, realidad democrática y bienestar para todos.

En la preparación de esta nueva con-

ciencia, la universidad tiene un deber que cumplir: ayudar a que los alumnos visualicen con claridad los problemas que tratan de resolver, ya que sin esta posibilidad pueden cometer errores irreparables, como en otra hora aconteció con los primeros revolucionarios que en este siglo tomaron las riendas del gobierno sin estar adecuadamente capacitados. No es suficiente saber luchar, puesto que se necesita conocer con precisión la causa que se persigue, la meta por alcanzar.

Los jóvenes deben tener más en cuenta los valores culturales, pues como decía Bertrand Rusell, no se debe consentir que un "financiero opere libremente sin ningún conocimiento en absoluto de los diversos efectos de sus actividades, con la única excepción del efecto que tengan sobre su cuenta en el Banco: ¡Qué agradable sería un mundo en el que no se permitiera a nadie operar en la Bolsa a menos que hubiese pasado un examen de economía y poesía griega, y en el que los políticos estuviesen obligados a tener un competente conocimiento de historia y de la novela moderna!"

El mundo actual tiende a uniformar a los hombres, no sólo por la imitación y la naturaleza del saber que imparte a los jóvenes, sino por el régimen de vida regido por la división del trabajo y las máquinas. Todos recibimos las mismas noticias, y somos objeto de idénticas propagandas comerciales e igualmente nos divertimos con eventos similares. Un juego de pelota, unifica a cien mil espectadores en sus gritos y emociones, y la prensa y el radio con

sus noticias nos preparan psicológicamente en determinado sentido.

Hay que confesar, sin embargo, que esta situación disminuye las posibilidades de que la juventud se diversifique en minorías selectas, que puedan reaccionar frente al asentimiento general de ciertos defectos y peligros. La uniformidad es deseable cuando la asociación política avanza por el sendero correcto, pero resulta desventajosa cuando persigue objetivos que la rebajan y postergan.

Por eso el buen sentido nos indica, que no debemos tolerar que la difusión de conocimientos, pueda contribuir a debilitar, por la forma en que se hace, las virtudes y peculiaridades sobresalientes de cada estudiante, pues por el contrario a la escuela le corresponde robustecer, en el alma de los alumnos, los elementos privativos, que los harán distintos y mejores entre la masa.

La presente generación debe enseñarse a nadar contra la corriente, y no dejarse llevar por ella, ya que así no sabrá sortear las tempestades que le aguardan, en estos tiempos preñados de problemas de toda índole. A ella no le tocó el ambiente de dolor y sufrimiento que proyectó la revolución en una etapa de paz, que quizá la ha invitado a una existencia fácil y sin responsabilidades, sin generosidad ni pureza. Sólo templando el ánimo y endureciendo el carácter, se pueden librar las luchas fecundas, como la que inició el año de la olimpiada, y vencer los obstáculos que se opongan a conquistar las mejores zonas de la vida.